

VOCES

Antes de que Ebling llegara a casa, su teléfono móvil ya empezó a sonar. Durante años se había resistido a comprar uno, ya que él mismo era técnico y la cosa no le inspiraba confianza. ¿Cómo es que nadie tenía nada en contra de acercarse a la cabeza una agresiva fuente de radiación? Pero Ebling tenía esposa, dos hijos y un puñado de colegas de trabajo, y constantemente le reprochaban que estuviese ilocalizable. Así que al final había cedido, se había comprado un aparato y le había pedido al vendedor que se lo activara enseguida. Muy a su pesar, le impresionaba: era pura y llanamente perfecto, era bonito, liso y elegante. Y ahora, de pronto, se puso a sonar.

Ebling descolgó vacilante.

Una mujer exigía hablar con un tal Raff, Ralf o Rauff, no entendió el nombre.

Se equivoca, dijo. Ella se disculpó y colgó.

Luego, por la tarde, la siguiente llamada. «¡Ralf!», exclamó una voz ronca de hombre. «¿Qué hay, cómo te va todo, cabronazo?»

«¡Se equivoca!» Ebling se irguió en la cama. Ya eran más de las diez y su mujer le observaba con cara de reproche.

El hombre pidió disculpas, y Ebling apagó el móvil.

A la mañana siguiente le esperaban tres mensajes. Los escuchó en el tren de cercanías camino del trabajo. Una mujer rogaba entre risitas que le devolviera la llamada. Un hombre vociferaba que fuera enseguida, no iban a esperarle mucho más; de fondo se oía el tintineo de vasos y música. Y luego otra vez la mujer: «Ralf, ¿pero dónde te has metido?»

Ebling suspiró y llamó al servicio de atención al cliente.

«Qué raro», dijo una mujer con voz aburrida. «Eso no puede ocurrir. A nadie le dan un número que ya tiene otra persona. Para eso hay un montón de garantías.»

«¡Pero resulta que ha ocurrido!»

«No», dijo la mujer. «Eso no es posible.»

«Bueno, ¿y qué piensa usted hacer?»

«Pues no sé», dijo ella. «Es que eso no es posible.»

Ebling abrió la boca y la volvió a cerrar. Sabía que en ese momento cualquier otro se habría enfurecido, pero eso no era lo suyo, no se le daba bien. Le dio a la tecla de colgar.

A los pocos segundos volvió a sonar. «¿Ralf?», preguntó un hombre.

«No.»

«¿Cómo?»

«Este número es... Accidentalmente me ha sido... Se ha equivocado de número.»

«¡Este es el número de Ralf!»

Ebling colgó y guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. El tren de cercanías estaba de nuevo abarrotado, también hoy tenía que viajar de pie. Por un lado se apretaba contra él una mujer gorda, por el otro un hombre bigotudo le observaba como si fuera su enemigo jurado. Había muchas cosas en su vida que a Ebling no le gustaban. Le molestaba que su mujer estuviera siempre distraída, que leyera libros tan estúpidos y que cocinara tan lamentablemente. Le molestaba no tener un hijo inteligente, y que su hija le resultara tan extraña. Le molestaba oír constantemente roncar al vecino a través de las paredes demasiado finas. Pero sobre todo le molestaban los traslados en tren en las horas punta. Siempre tan poco espacio, siempre tan lleno, y aquel olor desagradable...

Sin embargo, le gustaba su trabajo. Él y una decena de colegas se sentaban bajo lámparas muy brillantes y examinaban ordenadores defectuosos que les mandaban fabricantes desde todo el país. Sabía lo frágiles que son los pequeños discos pensantes, lo complicados y misteriosos. Nadie los comprendía del todo; nadie sabía por qué a veces fallaban a la primera o se ponían a hacer cosas peculiares. Desde hacía mucho ya no se buscaban las causas, simplemente se iban cambiando partes hasta que la estructura en su conjunto funcionase de nuevo. A menudo pensaba en todo lo que dependía de esos aparatos, cuando él sabía muy bien que el que hicieran exactamente lo que se esperaba de ellos era siempre una excepción y casi un milagro. Por la noche, en duermevela, a veces la

idea le inquietaba tanto –todos los aviones, las armas dirigidas electrónicamente, las calculadoras de los bancos–, que le daban palpitaciones. Entonces Elke le preguntaba irritada por qué no se estaba quieto, era como si compartiera cama con una hormigonera, y él se excusaba y pensaba que su madre ya le decía que era demasiado sensible.

Mientras bajaba del tren, volvió a sonar el teléfono. Era Elke; le dijo que comprase pepinos por la tarde en el camino de vuelta. Ahora estaban muy baratos en el supermercado de su calle.

Ebling prometió hacerlo y se despidió de ella rápidamente. El teléfono volvió a sonar, y una mujer le preguntó si se lo había pensado bien, porque había que ser idiota para prescindir de alguien como ella. ¿O acaso él lo veía de otra manera?

No, respondió Ebling sin pensar, él lo veía exactamente así.

«¡Ralf!», rió ella.

A Ebling le palpitaba el corazón, tenía seca la garganta. Colgó.

Durante todo el camino hasta su empresa se sintió confuso y nervioso. Evidentemente, el propietario anterior del número tenía una voz parecida a la suya. De nuevo llamó al servicio de atención al cliente.

No, dijo una mujer, simplemente no se le podía dar otro número, a menos que pagara por ello.

«¡Pero este número es de otra persona!»

Imposible, respondió ella. Para que eso no ocurriera había...

«Garantías, ¡ya lo sé! Pero resulta que estoy reci-

biendo sin parar llamadas para... Mire usted, yo soy técnico. Ya sé que constantemente les llama gente que no tiene ni idea de nada. Pero yo soy del oficio. Yo sé cómo se...»

No podía hacer nada, dijo ella. Transmitiría su petición.

«¿Y luego qué? ¿Qué pasa después?»

Luego ya se vería, dijo ella. Pero eso ya no era de su competencia.

Durante esa mañana no consiguió concentrarse en el trabajo. Le temblaban las manos, y a la hora del almuerzo no tenía hambre, a pesar de que había escalope a la vienesa. En la cantina no solían poner escalope a la vienesa; normalmente lo esperaba con ilusión desde el día antes. Esta vez, sin embargo, volvió a colocar la bandeja con el plato medio lleno en el carrito, se fue a un rincón tranquilo del comedor y encendió el teléfono.

Tres mensajes. Su hija, que quería que la recogiera después de su clase de ballet. Le sorprendió; no sabía que bailase. Un hombre rogaba que le devolviera la llamada. Nada en el mensaje desvelaba a quién estaba dirigido, si a él o al otro. Y luego una mujer que le preguntaba por qué se dejaba ver tan poco. Esa voz, profunda y ronroneante, aún no la había oído nunca. Justo cuando quería apagar, el móvil volvió a sonar. El número de la pantalla empezaba con un signo más seguido del número veintidós. Ebling no sabía a qué país correspondía ese prefijo. No conocía prácticamente a nadie en el extranjero, sólo a su primo en Suecia y a una mujer gorda de Minneapolis

que todos los años por Navidad le mandaba una foto en la que alzaba su copa con una sonrisa irónica. *A la salud de los queridos Ebling* ponía por detrás, y ni él ni Elke recordaban cuál de los dos estaba emparentado con ella. Descolgó.

«¿Nos vemos el mes que viene?», gritó un hombre. «Estarás en el Festival de Locarno, ¿verdad? No lo pueden hacer sin ti; no en estas circunstancias, ¿eh, Ralf?»

«Allí estaré», dijo Ebling.

«Este Lohmann. Ya se veía venir. ¿Has hablado con los de Degetel?»

«Aún no.»

«¡Pues ya va siendo hora! Locarno nos puede ayudar mucho, como Venecia hace tres años.» El hombre se rió. «¿Y por lo demás? ¿Clara?»

«Sí, sí», dijo Ebling.

«Qué cabronazo», dijo el hombre. «Es increíble.»

«A mí también me lo parece.»

«¿Estás resfriado? Tienes una voz rara.»

«Ahora tengo que... Tengo que hacer otra cosa. Te llamo más tarde.»

«Vale. No cambias, ¿eh?»

El hombre colgó. Ebling se apoyó contra la pared y se frotó la frente. Necesitó un momento para volver a orientarse: esto era la cantina, a su alrededor los colegas comían escalope a la vienesa. Rogler pasaba delante de él con una bandeja.

«Hola, Ebling», dijo Rogler. «¿Todo bien?»

«Sí, claro.» Ebling apagó el teléfono.

Durante toda la tarde no consiguió concentrarse. La cuestión de qué componente de un ordenador se-

ría defectuoso y cómo podrían haberse producido los fallos que los comerciales describían crípticamente en sus informes —*cliente dice que ha pulsado reset ya que apagar rápido p. display pero marca cero*—, sencillamente hoy no le interesaba. O sea que aquélla era la sensación que tenías cuando te sucedía algo excitante.

Prolongó la espera. Dejó el teléfono apagado mientras volvía a casa en el tren; siguió apagado mientras compraba pepinos en el supermercado, y también durante la cena con Elke y los dos niños, que se daban patadas debajo de la mesa, el teléfono reposaba en su bolsillo, pero no podía dejar de pensar en él.

Luego bajó al sótano. Olía a mohó, en un rincón se apilaban cajas de cerveza, en otro las partes de un armario de IKEA provisionalmente desmontado. Ebling encendió el teléfono. Dos mensajes. Justo cuando quiso escucharlos, el aparato vibró en sus manos: alguien estaba llamando.

«¿Sí?»

«Ralf.»

«¿Sí?»

«¿Pero qué pasa?» Se rió. «¿Estás jugando conmigo?»

«Nunca lo haría.»

«¡Lástima!»

Le empezó a temblar la mano. «Tienes razón. En realidad sí que me gustaría... contigo...»

«¿Sí?»

«Me gustaría jugar contigo.»

«¿Cuándo?»

Ebling miró a su alrededor. Conocía ese sótano como la palma de su mano. Él mismo había llevado

allí cada uno de los objetos. «Mañana. Di tú dónde y cuándo. Allí estaré.»

«¿Lo dices en serio?»

«Descúbrela.»

La oyó inspirar profundamente. «En el Pantagruel. A las nueve. Reservas tú.»

«Muy bien.»

«¿Sabes que esto no es razonable?»

«¿Y a quién le importa?»

Ella se rió y colgó.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, volvió a tocar a su mujer. Al principio ella se sorprendió, luego preguntó qué le pasaba y si había bebido, y al final cedió. No duró mucho, y mientras aún la sentía bajo su cuerpo le parecía que estaban haciendo algo indecente. Ella le dio unos golpecitos en el hombro: le faltaba aire. Él pidió disculpas pero aún tardó unos minutos en separarse de ella y volverse de costado. Elke encendió la luz, le lanzó una mirada llena de reproche y se metió en el cuarto de baño.

Naturalmente, no fue al Pantagruel. Dejó el teléfono apagado todo el rato y a las nueve de la noche estaba con su hijo delante de la tele viendo un partido de fútbol de segunda división. Sentía un hormigueo eléctrico; era como si un doble suyo, su representante en otro universo, estuviera ahora mismo en un restaurante caro en compañía de una mujer alta, bella, que escuchaba sus palabras con atención y reía cuando decía algo ingenioso y cuya mano de vez en cuando, como por descuido, rozaba la suya.

En el descanso bajó al sótano y encendió el teléfono.

Ningún mensaje. Siguió esperando. Nadie llamó. Media hora más tarde volvió a apagarlo y se fue a la cama; ya no tenía sentido fingir que le interesaba el fútbol.

No conciliaba el sueño y, poco después de medianoche, se levantó a tientas, descalzo y en camiseta, y bajó al sótano. Encendió el teléfono. Cuatro mensajes. Antes de que pudiera escucharlos entró una llamada.

«Ralf, disculpa, es muy tarde... ¡Pero es importante! Malzacher insiste en que os veáis pasado mañana. ¡El proyecto entero se tambalea! Morgenheim también irá. ¡Ya sabes lo que está en juego!»

«Me da igual», dijo Ebling.

«¿Te has vuelto loco?»

«Ya se verá.»

«¡Estás loco de verdad!»

«Lo de Morgenheim es un bluf.»

«En cualquier caso eres valiente.»

«Sí», dijo Ebling. «Eso sí que lo soy.»

Cuando intentó escuchar los otros mensajes, el teléfono volvió a sonar.

«No debiste hacer eso.» La voz de ella sonaba ronca y forzada.

«Si supieras...», dijo Ebling. «He tenido un día horrible.»

«No mientas.»

«¿Por qué habría de mentir?»

«¡Es por ella! ¿Ahora sí funciona... lo vuestro?»

Ebling permaneció en silencio.

«¡Por lo menos reconócelo!»

«¡No seas tonta!» Se preguntaba en cuál de las mujeres cuyas voces conocía estaría pensando ella. Le

hubiera gustado saber más sobre la vida de Ralf; al fin y al cabo ahora era, en una pequeña parte, también la suya. ¿Qué hacía Ralf? ¿De qué vivía? Por qué a unos les tocaba tanto y a otros tan poco; a unos les salían bien tantas cosas, a otros ninguna, y eso no tenía nada que ver con el mérito.

«Disculpa», dijo suavemente ella. «A veces no es fácil contigo.»

«Sí, ya lo sé.»

«Pero alguien como tú... precisamente no es como los demás.»

«Me gustaría ser como los demás. Pero nunca he sabido cómo se hace.»

«¿Entonces mañana?»

«Mañana.»

«Si esta vez no apareces, se acabó.»

Mientras se dirigía sin hacer ruido al piso de arriba, se preguntó si ese Ralf existía de verdad. De repente le pareció inverosímil que hubiera realmente un Ralf allí fuera, un Ralf que se dedicaba a sus asuntos y que no sabía nada de él. A lo mejor la vida de Ralf siempre le había estado esperando; tal vez el azar sólo hubiera intercambiado los dos destinos.

El teléfono volvió a sonar. Descolgó, escuchó un par de frases y ordenó: «¡Lo cancelamos!»

«¿Cómo?», preguntó asustada una voz femenina. «Ha hecho el viaje expresamente para eso, llevamos tanto tiempo preparando este encuentro para que...»

«Yo no dependo de él.» ¿De quién estarían hablando? Hubiera dado cualquier cosa por saberlo.

«¡Claro que dependes de él!»

«Ya veremos.» Le invadió una euforia que nunca había conocido.

«Si tú lo dices...»

«¡Por supuesto que lo digo!»

Ebling tenía que vencer la tentación de preguntar de qué se trataba. Había descubierto que podía decir todo lo que quisiera siempre que no hiciera preguntas, pues en cuanto quería saber algo la gente empezaba a sospechar. El día anterior, una mujer cuya bronca voz le gustaba particularmente le había dicho de sopetón que él no era Ralf, y solamente por preguntar en qué parte de Andalucía exactamente habían estado aquel verano tres años antes. Así pues, nunca sabría nada sobre ese hombre. Un día Ebling se quedó de pie ante un cartel de la nueva película de Ralf Tanner y durante unos segundos vertiginosos se imaginó que el número que tenía era el del famoso actor, y que desde hacía una semana hablaba con sus amigos, colaboradores y amantes. No era imposible: de hecho, la voz de Tanner y la suya se parecían. Pero luego sacudió la cabeza y siguió su camino, con una sonrisa torcida. De todas formas, aquello no podía durar mucho. No se hacía ilusiones, tarde o temprano el error sería corregido y el teléfono enmudecería.

«Vaya, tú otra vez. No pude ir al Pantagruel. He vuelto con ella.»

«¿Con Katya? ¿Quieres decir... que has vuelto con Katya?»

Ebling asintió y escribió el nombre en una hoja de papel. Suponía que la mujer con la que estaba hablando se llamaba Carla, pero no tenía suficientes in-

dicios para atreverse a llamarla así. Por desgracia ya nadie decía su nombre al teléfono: puesto que los números se veían en la pantalla, todos daban por supuesto que antes de descolgar el otro ya sabía quién estaba llamando.

«Eso no te lo perdono.»

«Lo siento.»

«Mentira. ¡No lo sientes!»

«Pues vale.» Ebling se apoyó contra la pared lateral del armario de IKEA, sonriendo. «Tal vez no. Katy es sorprendente.»

Ella estuvo gritando un rato. Insultó y amenazó, y luego hasta se puso a llorar. Pero como al fin y al cabo era Ralf quien había organizado ese caos, Ebling no tenía por qué tener mala conciencia. Oía el corazón acelerado de ella. Nunca había estado tan cerca del alma de una mujer tan turbadora.

«¡Contrólate!», dijo, cortante. «Lo nuestro no podía funcionar, ¡y tú lo sabes perfectamente!»

Después de colgar, permaneció un rato de pie con una ligera sensación de vértigo, escuchando el silencio, como si aún se pudieran oír en algún sitio los sollozos de Carla.

Cuando se topó con Elke en la cocina, se quedó inmóvil, sorprendido. Por un momento le había parecido que ella provenía de otra existencia o de un sueño que no tenían nada que ver con la vida real. También esa noche la atrajo hacia sí, y también esta vez ella cedió vacilante, y mientras tanto él se imaginaba a una Carla dominada por la pasión.

Al día siguiente, solo en casa, llamó por primera

vez a uno de los números. «Soy yo. Sólo quería preguntar si va todo bien.»

«¿Quién habla?» preguntó una voz masculina.

«¡Ralf!»

«¿Qué Ralf?»

Ebling apretó rápidamente la tecla de colgar, después lo volvió a intentar con otro número.

«¡Ralf, Dios mío! Ayer intenté... Intenté... Yo...»

«¡Despacio!», dijo Ebling, decepcionado de que no fuera una mujer. «¿Qué pasa?»

«No puedo seguir así.»

«Pues déjalo.»

«No hay salida.»

«Siempre hay alguna.» Ebling no pudo reprimir un bostezo.

«Ralf, ¿quieres decirme que... que tengo que asumir las consecuencias? ¿Que tengo que ir hasta el final?»

Ebling pasaba de un canal de televisión a otro. Sin suerte, parecía haber sólo música folclórica y carpinteros trabajando planchas de madera, y reposiciones de series de los años ochenta: la mediocridad de la programación del mediodía. Por cierto, ¿cómo es que estaba viéndola? ¿Cómo es que estaba en casa y no en el trabajo? ¿Sería posible que simplemente se le hubiese olvidado ir?

«¡Me voy a tragar la caja entera!»

«Vale. Adelante.» Ebling cogió un libro que estaba encima de la mesa. *El camino del yo hacia el sí mismo* de Miguel Auristos Blanco. En la cubierta, un disco solar. El libro era de Elke. Lo apartó a un lado con la punta de los dedos.